

Obstáculos para la creación de un partido comunista en Bolivia entre 1925 y 1932

Barriers to the creation of a Communist Party in Bolivia between 1925 and 1932

Pilar Mendieta Parada¹

*Carrera de Historia, Universidad Mayor de San Andrés
pilarmendietayahoo.es*

Resumen

El trabajo pretende responder a la pregunta de por qué en Bolivia el partido comunista tardó tantos años en establecerse. Sostenemos que, a pesar de los ensayos por constituirse a fines de la década del veinte, existieron obstáculos que impidieron su consolidación: la importancia del anarquismo arraigado en las sociedades obreras, la cuestión indígena y el llamado problemas de los intelectuales, quienes se atrevieron a proponer visiones propias enfrentando a la ortodoxia de la Komintern.

Palabras clave: comunismo, partido comunista, anarquismo, Komintern, intelectuales, indígenas.

¹ Pilar Mendieta Parada es doctora en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima, Perú), es docente de la Carrera de Historia de la Universidad Mayor de San Andrés y del Departamento de Cultura de la Universidad Católica Boliviana San Pablo

Abstract

The following paper tries to respond to the question on why the Communist Party of Bolivia took several years to be established. We propose three obstacles for its consolidation. The first one was the importance of anarchism, a very ingrained ideology within the labor force. The second is the indigenous identity problem and the third one is the “intellectual factor” given that the leftist academic circles were more engaged on their own visions, contrary to the orthodox ways of the Komintern.

Key words: communism party, anarchism, indigenous, intellectual, Komintern.

Introducción

En Latinoamérica, la fundación de los partidos comunistas es un fenómeno que retrocede a principios de los años veinte, influenciado por la importancia de la III Internacional Comunista que se organizó después de la Revolución bolchevique de 1917.² El instrumento para la fundación de partidos comunistas fue la Komintern, cuya finalidad era la de expandir el socialismo por el mundo. Algo que llama la atención es que, a diferencia de otros países, en Bolivia, a pesar de varios intentos, el Partido Comunista de Bolivia avalado por la Unión Soviética se fundó tardíamente, en 1950.

El trabajo pretende responder a la pregunta de por qué en Bolivia el partido comunista tardó tantos años en establecerse. Para entender esta situación es preciso retroceder a los años de recepción y propagación del marxismo en la década de los veinte, cuando en Bolivia la izquierda en su conjunto se hallaba en un periodo incipiente. Un país con una mayoría de población indígena y un naciente proletariado pueden explicar en parte la dificultosa expansión de las ideas comunistas y la fundación de un partido comunista. Al respecto sostenemos que, además, existieron tres obstáculos que impidieron su consolidación; el primer obstáculo fue la importancia del anarquismo arraigado en las sociedades obreras que mantenían una fuerte herencia del pasado colonial y republicano a través del gremio y de la solidaridad mutua. El mayor problema para la consolidación de un partido comunista fue entonces la pugna con los anarquistas, siendo el anarquismo la corriente que consiguió mayores adeptos a pesar de los esfuerzos de la III Internacional para contrarrestarlo. El segundo obstáculo que imposibilitó la creación de un partido

2 En la Argentina el PC se fundó en 1918, en Estados Unidos en 1919, en México en 1919, en Uruguay en 1920, en Chile en 1922, en Brasil en 1922, en Cuba en 1925.

comunista fue el problema de los intelectuales y las políticas erráticas de la IC, que desde la consolidación del tercer periodo con Stalin vieron con malos ojos la importancia de estudiantes e intelectuales marxistas que, en el caso boliviano, creían ser los llamados a conducir la revolución socialista. Los intelectuales bolivianos actuaron con independencia de los dictámenes y las recetas de la IC, lo que impidió la autorización para organizar un partido avalado por Moscú. El tercer obstáculo fue el problema indígena y cómo abordarlo. Esta fue una cuestión de larga data que involucró a todas las opciones políticas conservadoras o progresistas. Al igual que Mariátegui en el Perú, los intelectuales bolivianos –entre los más importantes Tristán Marof– pensaron el mundo indígena intentando enlazarlo con el marxismo, lo cual hizo que se salieran de la ortodoxia de la IC. Sin embargo, una de las mayores dificultades que tuvieron los comunistas bolivianos fue la rigidez de la III Internacional, en especial, durante el inicio del tercer periodo, y su incompreensión sobre la especificidad de un país como Bolivia, impidiendo la formación de un partido comunista. El desarrollo de estos obstáculos nos permitirá entender la problemática de por qué en Bolivia no pudo crearse un partido comunista oficial hasta 1950.

La III Internacional Comunista y su influencia en Latinoamérica

En 1919, después del estallido de la Revolución bolchevique de 1917, se impusieron las ideas de Lenin bajo la premisa de la dictadura del proletariado y de la consolidación de un partido-Estado que empezó a desarrollar un marxismo ortodoxo influenciado por el marxismo-leninismo a partir de lo que se conoció como la III Internacional Comunista. Para Lenin, la III Internacional debía ser una federación mundial de partidos comunistas que debían actuar como un solo cuerpo centralizado. La disciplina partidaria estaba unida a la lealtad al Partido Comunista y a la Komintern, que era la organización comunista internacional fundada en Moscú por su iniciativa. La Komintern agrupaba a los partidos comunistas de distintos países para la toma del poder, la lucha por la supresión del sistema capitalista, por la dictadura del proletariado y por la República Internacional de los Soviets.

En 1922 la III Internacional Comunista afrontaba problemas, ya que los bolcheviques esperaban expandir su revolución al resto de Europa, especialmente a Alemania, donde existía una poderosa clase obrera. Sin embargo, la esperada revolución en Alemania nunca llegó, a lo que se sumó la muerte de Lenin en 1924, lo que provocó un desequilibrio en las diversas fracciones, entre ellas la de Trotsky, quien advirtió sobre el autoritarismo de la troika formada por Zinoviev, Kamenev y

Stalin.³ Estas diferencias provocaron el inicio de una fuerte pugna entre los partidarios de Stalin y los partidarios de Trotsky, la cual se extendió también a Latinoamérica.

En el V Congreso (1924) se consolidó la Unión Soviética y la bolchevización de la IC, que implicó que todos los partidos comunistas del mundo debían seguir el modelo ruso. Asimismo, se alejaron de la idea de una revolución mundial en un futuro cercano para promover más bien la idea del socialismo en un solo país, bajo el dominio de Stalin, lo que se conoce como el tercer periodo (1928-1935). El primer periodo fue el revolucionario y el fin de la Primera Guerra Mundial, el segundo se refiere a los años de estabilización y el tercer periodo se entiende como un periodo de crisis del capitalismo, el desarrollo de la socialdemocracia y el naciente fascismo o social-fascismo, entendido como las dos caras de la dictadura del gran capital y del imperialismo.

El tercer periodo se caracterizó por ser más rígido, burocrático e institucionalizado, comenzando una etapa de homogenización doctrinaria que tenía el fin de erradicar las llamadas desviaciones de las líneas planteadas por el PC soviético, aplicando la idea de un frente único y lo que se llamó lucha de clase contra clase. Sus premisas eran una especie de receta que los países, incluidos los de Latinoamérica, debían seguir.

A los países latinoamericanos, que hasta entonces fueron denominados como semi-coloniales, se los empezó a catalogar como países dependientes, diferenciándolos del Asia y el África al enfatizar que las clases obreras latinoamericanas debían organizarse en un partido político, puesto que las burguesías atrasadas eran contra-revolucionarias, ya que no tenían la capacidad ni el deseo de luchar en contra del imperialismo, a raíz de lo que se desestimaron las posibles alianzas. Sin embargo, fue después de la creación del Secretariado Sudamericano de la IC, primero en México en 1920 y luego en Buenos Aires en el año 1924 y, especialmente, desde su IV Congreso en 1928, que la Internacional Comunista puso por primera vez interés en las estrategias que debían desarrollarse en Latinoamérica con la finalidad de convertir a los partidos comunistas en satélites de Moscú.

Detrás de ello estaba la importancia de los Estados Unidos y del creciente imperialismo yanqui que fue uno de los motivos que obligó a la III Internacional a atender los problemas de Latinoamérica. El imperialismo era entendido por Lenin como la fase superior del capitalismo, caracterizada por el control de los monopolios sobre las economías nacionales y de la burguesía imperialista de unas pocas naciones

3 I. Lorini, 1994, p. 20.

sobre los pueblos coloniales y semi-coloniales. Por ejemplo, en 1927 un informe anónimo dirigido a la Internacional Comunista asevera que Bolivia era casi una colonia yanqui, seguramente debido a la expansión de la Patiño Mines, empresa que era propiedad del llamado rey del estaño, Simón Patiño, en Estados Unidos, y de empresas petroleras como la Standard Oil, que será entendida como parte del conflicto entre Bolivia y Paraguay por el Chaco.⁴

En 1929, el Secretariado Latinoamericano llamó a la Primera Conferencia Sindical en la ciudad de Montevideo, con el objetivo de conformar una Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA). Esto ocurrió después de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana en Buenos Aires, cuando el Secretariado Sudamericano se convirtió en Bureau Sudamericano, enviando a esa ciudad a funcionarios soviéticos. En Buenos Aires, los partidos comunistas latinoamericanos celebraron sus primeros mitines conjuntos con la asistencia de delegados de catorce países, en los cuales pasaron revista al papel de los partidos en toda la región. Como representantes de Bolivia participaron Carlos Mendoza Mamani y Alfredo Zuazo. Se conformó así toda una red de representantes de la III Internacional conectada y en relación con los representantes comunistas de cada país. Además, se enviaba periódicamente representantes del Bureau Sudamericano a los distintos países para contactar a sus líderes y para analizar el grado de solidez de los partidos comunistas y decidir si debían ser avalados o no por Moscú, de acuerdo a las exigencias del tercer periodo.

La influencia de la III Internacional en Bolivia duró hasta la Guerra del Chaco (1932-1935), cuando, en 1933, se organizó en Montevideo un congreso anti-bélico asumiendo una posición pacifista y antiimperialista. Sin embargo, al encuentro no asistió ningún delegado boliviano y solo hubo un paraguayo. Fue un evento donde la mayoría de los participantes pertenecía al Cono Sur, es decir, a Argentina, Brasil y Uruguay. En él se concluyó que la guerra era parte del enfrentamiento entre las dos potencias imperialistas Estados Unidos y Gran Bretaña por el petróleo, proponiendo un discurso anti-guerra. La III Internacional perdió su influencia al iniciarse la II Guerra Mundial. En 1943 la Internacional Comunista fue disuelta y las relaciones entre los partidos comunistas y Moscú pasaron al plano bilateral.⁵

El socialismo boliviano en la década del veinte

En 1917 la noticia de la Revolución Rusa se irradió en todas las regiones del mundo. El 1 de mayo de 1918 se produjeron grandes manifestaciones y estallaron

4 A. Schelchkov y P. Stefanoni, 2016, p. 157.

5 A. Schelchkov y P. Stefanoni, 2016, p. 157.

huelgas en Francia, Italia e Inglaterra, al calor de la I Guerra Mundial (1914-1918). En América Latina, las noticias se expandieron creando esperanzas en los sectores de obreros, trabajadores y activistas de izquierda, al mismo tiempo que fue vista con resquemores por las elites dominantes. Los años comprendidos entre 1917 y 1920 fueron testigos de una explosión sin precedentes de actividad obrera y, en muchas ciudades capitales, los trabajadores empezaron a formar sindicatos y a organizar huelgas. Sin embargo, en el caso boliviano, aunque desde principios del siglo XX las ideas de Marx ya eran parcialmente conocidas, el impacto del marxismo y de la Revolución rusa de 1917 fue más lento que en otros países latinoamericanos, debido a sus características socioeconómicas y geográficas.⁶

Desde inicios del siglo XX, en Bolivia, la política económica descansó en el incentivo al sector exportador de minerales, especialmente del estaño. A pesar de su importancia para las finanzas del país, el proceso de sindicalización de las minas se iniciaría a partir de los años veinte y se afianzaría recién como consecuencia de la Guerra del Chaco (1932-1935), consolidándose en el caso de los mineros en la década de los cuarenta.⁷ En el caso de los llamados genéricamente obreros, sería exagerado decir que para entonces este era un grupo numeroso y que sus organizaciones se trataban verdaderamente de entidades sindicales. La mayoría, si no todas agrupaciones de base territorial, aglutinaban a todos o a casi todos los trabajadores (mineros, artesanos e incluso empleados de los ferrocarriles, entre otros) de una circunscripción geográfica determinada, remarcándose más bien un sentimiento de comunidad laboral, predominando el mutualismo y las asociaciones de ayuda mutua, sobre todo en el artesanado, ya que en Bolivia el desarrollo fabril recién empezaba a consolidarse. En realidad, en los años veinte, Bolivia todavía era un país predominantemente rural, dedicado a las labores agrícolas con un porcentaje mayoritario de población indígena, que llegaba a principios del siglo XX al 70%.⁸ En el occidente del país, donde se concentraba la mayor parte de la población indígena, esta vivía en comunidades o ayllus, como parte de las periferias citadinas y como colonos en el sistema hacendal. La población indígena del oriente del país se encontraba disminuida por la destrucción del sistema misional y el impacto de la economía del caucho. Lo cierto es que no se puede entender a la Bolivia de entonces sin tomar en cuenta a la población indígena mayoritaria y al escaso proletariado.

A principios de la década del veinte en los sectores obreros y artesanales tampoco existía una unidad ideológica, ya que se trata de un periodo embrionario,

6 P. Mendieta, 2018, p. 53.

7 G. Rodríguez Ostría, 1991.

8 Esto según el censo realizado en 1900.

término acuñado por Irma Lorini (1994), en el que dentro las organizaciones sociales y partidarias convivían varias corrientes políticas progresistas sin contornos bien definidos.⁹ Según la misma autora esto no impidió que desde 1920 se dieran los primeros conflictos entre el capital y el trabajo. Proliferaron, como no había sucedido antes, las huelgas de los sectores trabajadores. La lucha estaba dirigida a conseguir la jornada de ocho horas y la prohibición del trabajo de mujeres y niños menores, entre otras demandas que hicieron que el presidente Bautista Saavedra (1920-1926) promulgara medidas sociales.¹⁰

Con relación a los partidos de izquierda, hubo intentos previos, en 1919, de fundar un efímero Partido Socialista en La Paz y, en la misma ciudad, se fundó otro partido socialista en 1920, con un programa todavía reformista. Por entonces, ya circulaba la idea del socialismo como ideal de la humanidad y del porvenir del proletariado, lo cual estuvo íntimamente relacionado a lo que se denominó como el ‘problema social’.

En 1926, un grupo de bolivianos fundó en Chile un pequeño grupo comunista, cuyos miembros fueron Enrique Loza y Moisés Dick Ampuero. En 1927, Dick Ampuero retornó a Bolivia, donde intentó que los trabajadores bolivianos desarrollaran una conciencia internacionalista. Este personaje es considerado un precursor de la difusión de la doctrina comunista en Bolivia.¹¹

Por entonces fue famoso el periódico *Bandera Roja*, fundado en 1926 como prensa independiente obrera, convirtiéndose después en el vocero de la FOT (Federación Obrera del Trabajo), denominándose como el órgano oficial del proletariado. En él escribieron Carlos Mendoza Mamani, Oscar Cerruto, Rafael Reyeros, entre otros, quienes definieron su línea política adscribiéndose al marxismo. Este periódico fue el canal de difusión de las ideas marxistas con una clara influencia de la IC, aunque no faltaron las influencias anarquistas, reformistas y anticlericales. El periódico tuvo corta duración, puesto que lo cerraron en 1927, siendo encarcelados sus redactores. En 1926 el periódico fue allanado y asaltado por el gobierno de Siles, al mismo tiempo que el Bureau Sudamericano de la III Internacional lanzaba un manifiesto en el que protestaba «contra la tiranía y los desmanes fascistas en Bolivia».¹²

En 1927 se consolidó la FOL (Federación Obrera Local) de tendencia anarquista, que fue conformada por varios gremios de artesanos que se adscribieran

9 G. Rodríguez Ostría, 2016, p. 32.

10 P. Mendieta, 2018.

11 Comité Central del Partido Comunista Boliviano, 1990, p. 37.

12 «Manifiesto de la Internacional Comunista», de agosto-septiembre de 1926, en A. Schelchkov y P. Stefanoni, 2016, p. 34

al anarquismo. Para entonces la FOT, de tendencia socialista, ya era importante en las zonas mineras como Pulacayo, Catavi o Llallagua. Incluía también a los trabajadores ferroviarios y a algunas industrias nacientes.

Paralelamente se organizaron congresos de trabajadores, como el de 1921, que reunió a ferroviarios, tranviarios, mineros, gráficos, empleados de comercio y otros grupos de trabajadores. En 1925 se organizó el II Congreso Obrero en La Paz y en 1927 el III Congreso Obrero en Oruro, al mismo tiempo que se utilizaba la huelga como un nuevo método de lucha. Oruro era el centro minero más pujante de la época y es por ello que el congreso de 1927 fue el de mayor importancia.

Por esos años, tanto Gustavo Navarro, más conocido como Tristán Marof, como Roberto Hinojosa, dos líderes de la izquierda, polemizaron sobre las perspectivas de una revolución en Bolivia, logrando tener muchos contactos en el extranjero. En 1927, después de fundar el Partido Socialista en Sucre, Marof –junto con Hinojosa– fundó el Partido Socialista en Potosí. Estos personajes apoyaban la Revolución rusa, aunque tuvieron cautela acerca del régimen de la URSS. A partir de entonces, se dedicaron a socializar el partido en La Paz, logrando el apoyo de un grupo de estudiantes e intelectuales. Sin embargo, tuvieron poco éxito entre los obreros y los sindicatos. Ese mismo año ambos fueron expulsados del país por el gobierno de Hernando Siles (1926-1930), acusados de ser los promotores de una sublevación indígena ocurrida en Chayanta (norte de Potosí).

En 1929 los marxistas, a la cabeza de Carlos Mendoza Mamani y José Antonio Arze, entre otros obreros e intelectuales, fundaron el Partido Comunista Maximalista –como le llama Lora–, aunque no llegó a consolidarse. Mendoza Mamani fue uno de los líderes comunistas más interesantes del periodo. Estudió derecho al mismo tiempo que era dirigente de la Federación Obrera del Trabajo junto a Ezequiel Salvatierra y Moisés Álvarez. Desde el Centro Obrero de Estudios Sociales, organizado en 1917, se dedicó a socializar el marxismo y las virtudes de la Revolución rusa. Entre 1925 y 1930 se destacó como activista y líder sindical trabajando con sus propios recursos en la organización de sindicatos. Asimismo, fue redactor del periódico *Bandera Roja*. En el congreso realizado en Buenos Aires en 1929 expuso un informe en el que analizaba las particularidades de la realidad boliviana, argumentando sobre la necesidad de la creación del PC. Sin embargo, se sabe que más tarde este personaje generaría las sospechas de la Komintern por no adecuarse estrictamente a sus postulados y por estar relacionado a intelectuales que no respetaban la ortodoxia soviética. Para los enviados de la Komintern este grupo comunista no pasaba de ser una célula partidaria y no un partido propiamente dicho. Esto implicaba que no tenían la estructura necesaria para ser considerado partido. En 1931, junto a un grupo

de intelectuales y obreros, se fundó la Confederación de las Repúblicas Obreras del Pacífico (CROP), cuya figura más visible fue José Antonio Arze.

En 1930, la decisión del presidente Hernando Siles y la del recientemente fundado Partido Nacionalista de prorrogarse en el poder provocaron un gran rechazo en la opinión pública con un alto costo político. El pueblo paceño, descontento por una maraña de conflictos sociales, políticos y económicos, acrecentados por la crisis del 29, provocó el inicio de una serie de saqueos y hechos de violencia que obligaron a Siles a abandonar el poder, asumiendo la presidencia una junta militar liderada por el general Carlos Blanco Galindo (1930). Siguiéron hasta 1932 masivas y radicales movilizaciones urbanas.¹³

En lo económico, la crisis (1929-1932) hizo sentir sus efectos sociales y políticos encareciendo el costo de vida y limitando el trabajo en los centros de producción por la baja en los precios del estaño, causando una masiva desocupación que derivó en protestas, huelgas y reclamos sociales promovidos por elementos anarquistas y socialistas. El cierre de minas hizo que, por ejemplo, en la ciudad de Potosí hubiera más de 10.000 mineros desocupados. La crisis mundial provocó también que Chile expulsara a millares de trabajadores bolivianos debido a problemas con la minería del salitre y del cobre. Estos trabajadores, llamados pampinos, llegaron a Bolivia trayendo consigo ideas de izquierda.

Además de los problemas económicos, las convulsiones sociales y la creciente participación del movimiento obrero, nubes negras se avecinaban en la región del Chaco, donde el fantasma de la guerra se tornó una posibilidad real que podía estallar en cualquier momento. A ello se sumó lo que Salamanca llamó como el “problema comunista”. Casi inmediatamente después de asumir el Gobierno, Salamanca arremetió en contra de las federaciones obreras y en contra de los líderes de la izquierda.¹⁴

Amenazado por la crisis económica y por el fantasma de una guerra, Salamanca necesitaba crear un enemigo interno. De esta manera, le declaró la guerra al llamado comunismo, entendiendo por «comunistas» a todos los elementos de la izquierda sin distinciones ideológicas. Aunque este fue un recurso utilizado por Salamanca en un intento de ganarse a la opinión pública, el problema no era menor ya que, como nunca antes, la izquierda arremetió en contra de su gobierno a través no solo de la propaganda, sino de hechos concretos. Los líderes marxistas, y particularmente los

13 I. Margarucci, 2018, p. 91.

14 H. Klein, 1968, p. 155.

anarquistas, que empezaron a ser visibles durante el centenario de 1925 (aunque pequeños en número), se convirtieron en un verdadero dolor de cabeza por su efervescente actividad política, al mismo tiempo que se consolidaba la narrativa izquierdista de que el conflicto con el Paraguay era parte de la lucha imperialista por las riquezas petrolíferas de Bolivia.

En diciembre de 1931, con el fin de contrarrestar los ataques de la izquierda, Salamanca presentó al Congreso el proyecto de una Ley de Defensa Social que otorgaba al presidente poderes extraordinarios represivos contra la oposición política y el movimiento obrero. A raíz de ello la FOT, la Federación de Estudiantes, los saavedristas y todos los grupos de izquierda realizaron manifestaciones. La Agrupación Socialista, la Federación Universitaria y las organizaciones sindicales convocaron para el 3 de enero de 1932 a una manifestación de grandes proporciones, por lo que Salamanca tuvo que archivar la ley. El primero de mayo de ese mismo año la Federación Obrera del Trabajo se dirigió a todos los obreros organizados y no organizados, a todos los obreros desocupados, a los indios campesinos esclavizados y a todos los oprimidos. El comunicado decía lo siguiente:

Camaradas: Un nuevo primero de mayo nos encuentra en la situación de hambre, como jamás haya soportado la clase explotada. Millones de millones de trabajadores pasean por las calles su desnudez y desesperación. El capitalismo mundial, causante criminal de todas estas miserias, teniendo abarrotadas en sus almacenes todas las mercaderías que hoy necesita el proletariado, ha llegado a su máxima descomposición y podredumbre que lo corroe y hace inevitable su destrucción¹⁵.

Salamanca se propuso pisar fuerte en el Chaco con la finalidad de incorporar esta región a la soberanía nacional, lo que sirvió para distraer la atención sobre los graves conflictos sociales por los que estaba atravesando el país. Este contexto de convulsiones sociales provocó que el sueño liberal de progreso y modernidad propugnado por los liberales desde principios del siglo XX fuera visto como un ideal caduco que ya no tenía que ver con una nueva realidad. Eran necesarios nuevos paradigmas ideológicos que serían profundizados después de la crisis producida por la Guerra del Chaco (1932-1935).

Con el inicio del conflicto bélico la izquierda boliviana, tanto en su vertiente marxista como anarquista, tuvo una posición pacifista, condenando la guerra con el Paraguay. La Guerra del Chaco fue también preocupación para la CSLA que, como se mencionó en 1933, organizó en Montevideo un congreso antibélico,

¹⁵ «Manifiesto de la Federación Obrera del Trabajo», probablemente de 1932, en A. Schelchkov y P. Stefanoni, 2016, p. 244.

considerando a la guerra como una prolongación de la lucha entre el imperialismo inglés y el americano por la conquista de Latinoamérica.¹⁶ En este contexto, Tristán Marof y otros exiliados bolivianos, como José Aguirre Gainsborg, fundaron el grupo Túpac Amaru en la Argentina y en 1934 darían origen al POR, de tendencia trotskista, desmarcándose totalmente de las líneas soviéticas. Por su parte, los grupos comunistas como la CROP también tratarían de encontrar un lugar en el ámbito político, con bastante dificultad debido al exilio. Tendrían que esperar a la década del cuarenta para la fundación del Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), de tendencia estalinista, y a 1950 para crear un partido comunista reconocido por la Unión Soviética.

El Congreso Obrero de 1927 en Bolivia y la pugna entre marxistas y anarquistas

Los problemas para el afianzamiento de un partido comunista en Bolivia fueron varios. Para 1927 el movimiento obrero y artesanal se encontraba dividido entre las tendencias reformistas, socialistas, comunistas y el anarquismo. La lucha ideológica más fuerte era entre marxistas y anarquistas. Esta pugna quedó clara cuando se realizó el III Congreso Obrero en Oruro, del 13 al 16 de abril, donde asumió la presidencia Rómulo Chumacero, quien, en principio, defendía la tendencia anarquista pero después se definió como marxista-leninista.¹⁷ Para entonces los anarquistas tenían ya cierta experiencia, puesto que se habían organizado en grupos de trabajo como el grupo La Antorcha (1924), entre otros. En este congreso participaron artesanos, obreros, estudiantes y hombres que ya habían alcanzado cierto renombre dentro del ámbito de las ideas marxistas, como Tristán Marof.

Rómulo Chumacero es considerado como uno de los gigantes del movimiento obrero. De origen humilde, vivió en Potosí la mayor parte de su vida y es desde allí que desarrolló la mayor parte de sus actividades políticas. Como la mayoría de los dirigentes se inició como anarcosindicalista, evolucionando después hacia el marxismo.¹⁸

En el evento de Oruro ya se hablaba de la nacionalización de las minas y de la conversión del proletariado nacional en una fuerza política y social. Se realizó la unión de las fuerzas proletarias, manual e intelectual, se insistió en la creación

16 «Bajo la bandera del congreso antiguerrero », En: *La internacional*, Órgano del Partido Comunista argentino P. Stefanoni, 2016, p. 173.

17 La evolución política de muchos personajes es interesante, ya que varios empezaron siendo anarquistas, luego marxistas, para más tarde ser nacionalistas.

18 G. Lora, 1980, p. 83.

de universidades populares, en la separación de la Iglesia y el Estado, en la ley del divorcio absoluto, y se declaró al proletariado como entidad socialista, sindicalista y revolucionaria, entre otros temas.¹⁹

Chumacero tuvo que hacer frente a las divergencias ideológicas suscitadas en el desarrollo de las discusiones. El tema central de la polémica era la visión anarquista de mantener la autonomía frente a los partidos políticos, mientras que los marxistas pensaban que había que tener una participación política más activa, enfatizando en la organización partidaria.

Según Rodríguez (2012), quien estudia la ideología anarquista en este periodo, en las conclusiones del Congreso se refleja claramente la influencia de las ideas libertarias sobre todo en lo referido a la «organización dispuesta bajo un sistema federativo sustentado en el taller y en la fábrica, los que agrupados en uniones harán parte de otros concejos a nivel superior en cada ciudad».²⁰ La reunión de los consejos daría lugar a un Consejo Nacional, instancia directriz de la Confederación Boliviana del Trabajo. Esta Confederación no pudo desarrollar actividades concretas debido a las divergencias entre anarquistas y marxistas.

Como consecuencia del Congreso se fortaleció la FOL anarquista, cuya ideología se sustentaba en su apoliticismo, en el rechazo a los políticos tradicionales, a los intelectuales y a los estudiantes que querían dirigirlos, cuestionando la intromisión en sus actividades. Una característica notable de la FOL fue el intento de autoformación a través de actividades culturales y de alfabetización mediante tertulias, veladas culturales, sesiones teatrales, círculos de estudios, siendo muy importante la actividad de las mujeres de pollera,²¹ lo que reveló una cierta diferencia entre quienes conformaban el artesanado, los vendedores del mercado, las culinarias, las floristas y los sectores propiamente obreros, es decir de asalariados, así como estudiantes e intelectuales.

En enero de 1929, la FOT de tendencia marxista intentó organizar un nuevo Congreso Nacional de Trabajadores, en el que hubo una escasa asistencia de delegados, por lo que funcionó como una conferencia donde se trató problemas laborales. Sin embargo, en esta reunión los líderes marxistas intentaron comprometer al movimiento obrero boliviano a una organización internacional, al pretender afiliarse a la Confederación Sindical Sudamericana. Los anarquistas encarnados

19 T. Delgado, 1984, p. 80.

20 H. Rodríguez, 2012, p. 62.

21 H. Rodríguez, 2012, p. 62.

en la FOL se negaron a enviar delegados, haciendo visible nuevamente la división entre los sectores del marxismo y del anarquismo. La beligerancia entre un grupo y otro era tan grande que era común que los anarquistas invadieran las reuniones de la FOT de forma violenta y agresiva, atacando a sus dirigentes.²² Sin embargo, en la conferencia de Buenos Aires de 1929 Carlos Mendoza Mamani minimizó al anarquismo aseverando que se trataba de un reducido núcleo conformado por artesanos y pequeño-burgueses.²³

La batalla entre las posiciones socialistas, comunistas y anarquistas dentro del movimiento obrero se convirtió en un conflicto abierto en el IV Congreso de Trabajadores liderado por la FOT, que se reunió en Oruro días después de la caída de Siles a principios de 1930, donde —una vez más— los sectores anarquistas, comunistas y un gran número de asistentes que no pertenecía a ninguna de las tendencias se disputaron el liderazgo.²⁴ Es por ello que desde la IC había el interés de crear un partido comunista que contrarrestase el atractivo que tenía el anarquismo para los obreros bolivianos, cosa que ocurrió también en otros países. Incluso llegaron a proponer alianzas estratégicas no permanentes con sectores entendidos como pequeño-burgueses para lograr atraer adeptos al comunismo, lo cual no era bien visto por Moscú.

Como se vio, a partir de 1930 la izquierda entró en una fase de febril actividad como preludio a la Guerra del Chaco (1932-1935). En medio de la crisis económica producida por el *crack* del 29, y a partir de la crisis desatada por la decisión del presidente Siles de prorrogar su mandato el 16 de junio de 1930, se produjo la famosa revolución de Villazón, liderada por Roberto Hinojosa, que reveló un cierto grado de confusión ideológica de algunos líderes, pues ideas marxistas y anarquistas se vieron confundidas en un mismo proyecto. Estas confusiones fueron comunes dentro de la izquierda boliviana, que no lograba adecuarse a los rígidos mandatos de la IC.

Con un grupo de exiliados en la Argentina, Hinojosa comenzó a preparar una revolución armada, confiado de que en Bolivia estaban dadas las condiciones para una revolución socialista obrero-campesina. Hinojosa tomó el pueblo fronterizo de Villazón, donde lanzó una confusa y ecléctica proclama en la que se le reconoció como presidente provisorio de la República; la revolución no encontró apoyo dentro del país y la población local quedó indiferente. Después de algunas confrontaciones,

22 G. Lora, 1980.

23 Informe de la situación en Bolivia al Secretariado Sudamericano presentado por Mendoza y Suazo. En: G. Lora, 1980, p. 312

24 T. Delgado, 1984, p. 91.

las tropas gubernamentales liberaron Villazón e Hinojosa y sus compañeros tuvieron que huir al extranjero.²⁵

Hinojosa había redactado un programa en el que lanzaba reivindicaciones radicales, utilizando el lema de Marof «minas al Estado», acompañado de la nacionalización de las grandes industrias, los ferrocarriles, el telégrafo y la expropiación de los latifundios, ideas que eran populares entre los marxistas del periodo. En el programa insistía en un cambio de sistema político y proponía crear un sistema de democracia funcional basado en la formación de órganos estatales de estudiantes, obreros, sindicatos, asociaciones profesionales y organizaciones indígenas. Aunque Hinojosa se decía marxista, su programa contenía fuertes influencias anarquistas que contemplaban la eliminación de impuestos y aranceles, el libre comercio y la organización social en base a la sindicalización, lo que muestra una vez más una ideología en la que se entremezclaban el marxismo y el anarquismo.

Lo cierto es que la mayoría de las organizaciones de izquierda no apoyaron la revolución de Hinojosa. Los comunistas calificaron a esta aventura como pequeño-burguesa y Marof sostuvo con él una polémica, en que le reprochaba haber actuado prematuramente y no haber comprendido el carácter de la revolución latinoamericana.

A fines de la década del veinte en Bolivia, incluso algunos líderes que se decían marxistas, profesaban una ideología contaminada con el anarquismo e incluso con el liberalismo. Después de estos acontecimientos, Hinojosa se refugió en Uruguay y más tarde se fue a México, donde tenía fuertes contactos como colaborador marxista en el gobierno de Lázaro Cárdenas. Allí participó activamente de la política y escribió libros y artículos, llegando a ser conocido en el ámbito de la izquierda latinoamericana.²⁶

La cuestión de los intelectuales

Según Stefanoni (2015), una fecha clave para el nacimiento de nuevos paradigmas políticos es el centenario de la creación de la República, en 1925, cuando se generó un momento de introspección nacional. Al calor de los debates, se hizo visible una nueva generación de intelectuales y políticos que interpelarían al Estado liberal a partir de las nuevas tendencias de interpretación de la realidad, lo que no implica necesariamente una homogeneidad ideológica. Con ellos se inició

25 A. Schelchkov, 2001, p. 110.

26 La trayectoria de Hinojosa es muy interesante y su muerte fue trágica, ya que murió colgado junto con el presidente nacionalista Gualberto Villarroel en julio de 1946.

una incipiente inquietud por construir una nueva sociedad o, como sostienen autores contemporáneos como Benedict Anderson (1983), ‘imaginar’ una comunidad política nacional de acuerdo a las nuevas corrientes socialistas provenientes del marxismo y del anarquismo.

Surgió también una nueva generación de estudiantes influenciados por las ideas que circulaban en los ámbitos latinoamericanos, a través de intelectuales como José Enrique Rodó, José Carlos Mariátegui, Alfredo Palacios, José Ingenieros y José Vasconcelos, entre otros.²⁷ Circulaban en las aulas universitarias el pronunciamiento del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) peruano y tuvo gran acogida la obra de Mariátegui. Sin embargo, según Augusto Céspedes, futuro intelectual nacionalista, a fines de la década del veinte el marxismo era una opción más entre una variedad de literatura que inspiraba a los estudiantes a promover cambios en los niveles político y social.²⁸

En la IV Convención de Estudiantes, que se reunió en Cochabamba en 1928, durante el gobierno de Hernando Siles, y que derivó en la Reforma Universitaria inspirada en la de Córdoba una década antes, ya se advierte la evolución de algunos personajes hacia el marxismo. En el estatuto orgánico presentado por José Antonio Arze, futuro líder marxista, los estudiantes demandan la conquista de la autonomía económica, la emancipación de la mujer, la socialización de la riqueza privada y, lo que es más importante, la nacionalización de las minas y la limitación del latifundio. Proclaman también que la verdadera democracia es incompatible con el capitalismo; saludan la creación de una Confederación de Universidades Latinoamericanas que difunda el pensamiento de personajes como Ingenieros y Vasconcelos. La última frase del manifiesto dice «sin dioses en el cielo, sin amos sobre la tierra», con una clara influencia anarquista y anticlerical.²⁹ Lo cierto es que, por primera vez, los estudiantes y futuros intelectuales tomaron posiciones en la vida política nacional y, sin duda, se trató de una juventud en búsqueda de nuevos paradigmas de interpretación de la realidad y de posicionamiento político. En esta convención se organizó la Federación Universitaria Boliviana (FUB).

Claramente, a fines de la década del veinte, el marxismo estaba mayormente identificado con los sectores intelectuales y estudiantiles que, además, intentaban acercamientos con el movimiento obrero. Por ejemplo, José Aguirre Gainsborg, otro de los notables intelectuales marxistas bolivianos, intentó vincular los postulados del

27 P. Stefanoni, 2015, p. 29.

28 A. Céspedes, 1956, p. 84.

29 G. Lora, 1980, p. 108.

movimiento estudiantil con los de la clase obrera desde la Federación Universitaria de La Paz, a través de la Secretaría de Vinculación Obrera, que no tuvo la recepción esperada. Según los estudiantes, estos debían pasar a formar parte de la clase obrera y hacerse cargo de su ideología y de sus tácticas políticas.³⁰

El problema reside en que no todos los obreros estaban de acuerdo en una alianza con los estudiantes, en parte porque profesaban la tendencia anarquista y promovían la autoformación y la independencia sindical. Los sectores anarquistas preferían consolidar su autonomía y los sectores obreros no veían con buenos ojos la intromisión de los intelectuales proponiendo la autodeterminación obrera. Sin embargo, los grupos marxistas creían que debía formarse un Partido Comunista aliado a la IC que fuese el que guiara la lucha del proletariado desde el protagonismo de los intelectuales, llamados a dirigir la futura revolución proletaria.

En los primeros tiempos, la IC puso interés por atraer a sus filas a intelectuales, pintores, escritores y pensadores; tal es el caso de los muralistas mexicanos. Según Schelchikov (2009), la IC puso su atención en la figura de Tristán Marof, que para entonces ya era un connotado periodista y escritor. En Moscú esperaban utilizarlo a él y su grupo para formar el Partido Comunista Boliviano, sección de la IC en el entendido de que este ya contaba con una base organizativa, lo cual no era cierto. La IC recomendó a todos los partidos comunistas del continente desplegar una campaña en la prensa obrera a favor de Marof, quien era perseguido por ‘el gobierno fascista’ de Hernando Siles. En este contexto, la IC también consideró importante la figura de Roberto Hinojosa, quien –como se vio– promovió la revolución de Villazón en 1930. La IC esperaba contar con la influencia y renombre internacional de estos personajes, entre los sindicalistas e intelectuales de izquierda, ya que ambos eran reconocidos en el ámbito de la izquierda latinoamericana, especialmente en Chile, Argentina y México. Como Hinojosa, después de su exilio, Marof trabajó muy ligado a los comunistas en México, donde fue sindicado de ser agente del Kremlin. Más tarde, la IC sospecharía de ambos, ya que dejarían de ser entendidos como futuros promotores de un partido comunista en Bolivia por sus desviaciones ideológicas y su origen burgués.

La necesidad de la creación de un Partido Comunista en Bolivia era importante para la IC, ya que en ese momento era imperiosa la unidad entre los intelectuales y las masas, es decir, entre la teoría y la práctica, además de la influencia política que podían obtener a través de su creación. Según la IC, la organización de un partido promovería la concientización del proletariado, al mismo tiempo que era necesaria

30 G. Lora, 1980.

una unidad doctrinaria que los alejase de la política burguesa y, sobre todo, del apartidismo anarquista, que en ese momento tenía mucha fuerza entre las bases.

A pesar del inicial apoyo de la IC, los intelectuales marxistas no solo tuvieron que afrontar el rechazo de los obreros anarquistas que –como se vio– tenían mucha fuerza, sino también de los propios obreros marxistas, que pensaban que tanto los intelectuales como los estudiantes no deberían entrometerse en las organizaciones obreras. Así lo manifestó el dirigente obrero Waldo Álvarez, quien hacia 1930 fue elegido como primer dirigente de la Federación de Artes Gráficas. Waldo Álvarez fue uno de los más importantes representantes del movimiento obrero de la época y más tarde será el primer ministro obrero durante el Gobierno nacionalista de David Toro (1935-1936). Ello coincide con el tercer periodo y la purga de los intelectuales en Latinoamérica dictaminada por la IC, rompiendo con la misión, de los primeros tiempos, de atraerlos.

En sus memorias, este personaje menciona que su elección significó el triunfo del sindicalismo clasista y revolucionario contra los moldes tradicionales de beneficencia y socorros mutuos encarnados en la ideología anarquista, enfatizando en la lucha en contra de la rosca y el imperialismo. La rosca era el término que se empezó a utilizar para denominar al círculo de allegados que resguardaban los intereses de los grandes mineros y terratenientes.³¹

Álvarez también cuestiona la cooperación de los intelectuales y se pregunta: ¿pueden sindicalizarse los intelectuales? Alega que esto podría suceder siempre que estos tengan una relación asalariada, sobre la base de un contrato de trabajo, lo que les daría una dimensión de clase. Concluye que son los intelectuales los que deben imbuirse de la ideología de la clase obrera y no al revés.³² Según Tarcus (2007), las tensiones –en la historia del socialismo moderno– entre la teoría y la práctica, entre los intelectuales y las masas, han tendido a expresarse a menudo como malestar en las filas partidarias, cuando no en frecuentes estallidos polémicos, en torno a la ‘cuestión de los intelectuales’.

Después de fracasar el intento de fundar el Partido Comunista Maximalista en 1929, junto con otros líderes marxistas, en 1931 Waldo Álvarez avanzó en el campo de la política, organizando el Partido Comunista sección boliviana de la IC, junto a José Antonio Arze, Walter Guevara y José Cuadros Quiroga, todos ellos intelectuales;

31 Se dice que la palabra rosca fue por primera vez utilizada por Bautista Saavedra para luego ser socializada por la izquierda y especialmente por el nacionalismo revolucionario en la década del cuarenta.

32 W. Álvarez, 1986, p. 3.

una organización socialista ligada a grupos políticos de Oruro, Cochabamba y Potosí en la que se encontraban también Carlos Mendoza Mamani y Moisés Álvarez como dirigentes obreros. A pesar de su inicial rechazo y su claro obrerismo, Álvarez tuvo que aliarse a los intelectuales debido a la influencia que estos tenían en la opinión pública, dejando de lado sus posturas anteriores. Esto demuestra la poca disciplina partidaria que desviaba a los obreros de los preceptos de la IC. Sin embargo, hay que resaltar que, si bien Waldo Álvarez y Carlos Mendoza Mamani eran líderes obreros, eran hombres con una cultura amplia y una relativa preparación en el ámbito de las ideas marxistas, cosa que fue común entre los líderes sindicales de aquella época, por lo que no había una distancia muy grande entre ellos y los considerados intelectuales.

Junto a otros intelectuales, liderados por José Antonio Arze, en 1932 se creó la llamada CROP, a través de la cual se intentó una alianza entre Chile, Bolivia y Perú, y que a su vez sería parte de un plan más amplio que consistía en la organización de repúblicas soviéticas a lo largo del planeta. Este planteamiento no era nuevo, puesto que con sus diferencias fue pensado por Haya de la Torre dentro de la idea de una unión indoamericana en contra del imperialismo, que además le otorgaría a Bolivia una salida al Pacífico. Al respecto, en su programa, la CROP decía:

La CROP se adhiere, de modo general, a los principios doctrinales y tácticas sancionados por el proletariado internacional que se reúne en Moscú bajo los auspicios del gobierno de la URSS.

Su ideal es la formación de los Estados Comunistas de la América que pueden integrar la Confederación Universal de la URSS. Pero siendo indispensable llegar a este proceso mediante confederaciones comunistas parciales...³³

La estrategia de la CROP era la de educar a las masas obreras y campesinas para la lucha por el socialismo, sin descartar alianzas con sectores pequeño-burgueses que viabilizaran esta transición. José Antonio Arze fue uno de los más importantes políticos marxistas bolivianos. Fue un connotado líder estudiantil, escritor y periodista que en 1940 fundó el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), que fue el principal partido de izquierda durante la década del cuarenta. Aunque siempre se mantuvo fiel a la URSS y a Stalin, nunca fue reconocido por el PC soviético debido a sus desviaciones ideológicas, plasmadas en la idea de la CROP, a lo que se suma la purga de intelectuales iniciada por Stalin a partir de 1930.

33 «Estatutos de la CROP», archivo personal de José Antonio Arze, en custodia de José Roberto Arze, en: A. Schelchkov y P. Stefanoni, 2016, p. 221.

Según Stefanoni (2015), la imaginación e ingenuidad de Arze fue criticada por Buenos Aires, ya que desde su congreso en 1928, la Internacional Comunista puso por primera vez interés en las estrategias que debían desarrollarse en Latinoamérica. Sirvió de base el documento preparado por Humberto Droz, quien era el secretario latinoamericano ante la IC, destacando la especificidad de cada país latinoamericano, aunque preocupándose más en las tácticas elaboradas por el aparato burocrático soviético que por la realidad sociopolítica.

Los cropistas fueron duramente criticados y rechazados por atreverse a pensar por sí mismos, contraviniendo las recetas de la IC. Según un informe de 1932 a la Komintern, los cropistas eran gente corrompida que no tenía ninguna influencia en la masa, aunque maniobraban con el sindicato gráfico, en referencia a Álvarez. El informe señala que los móviles de la CROP eran más o menos los del APRA peruano, por lo que resultaban peligrosos para la consolidación de un PC al estilo soviético.³⁴

El 25 de enero de 1932, en una carta del Bureau Sudamericano de la IC a los camaradas comunistas, se recomendaba que la composición social del futuro PC debía ser de auténticos obreros y que los intelectuales debían ser una minoría, sometida a pruebas muy serias, que trabajase bajo la dirección obrera, ya que solo así podría ser considerado un partido de masas.³⁵ Obviamente, la CROP no podía ser aceptada, al ser dirigida por intelectuales con poca influencia en los sindicatos y entre los indígenas. Asimismo, la Confederación Sindical Latinoamericana de Montevideo proponía que en Bolivia se organizara un gobierno de obreros, campesinos y soldados, y que se crearan las repúblicas independientes quechua y aymara. Finalmente la idea de la CROP no prosperó, siendo un golpe duro para los intelectuales comunistas que dejaron a su imaginación crear un proyecto propio. Además, producto de los acontecimientos suscitados por el inicio de la Guerra del Chaco (en julio de 1932) este clima de hostilidad entre Bolivia y Paraguay se mezcló con una predicación anti-imperialista y antibélica de parte de la izquierda que alentó procesos de persecución a los líderes de la CROP. Los cropistas hablaban de un pacifismo comunista y de hacerle guerra a la guerra. En este contexto, la consolidación de un PC boliviano no pudo ser posible por la intransigencia de la Komintern y porque –según esta institución– los líderes de la CROP, especialmente Arze, eran intelectuales que no entendían la teoría marxista. A raíz de la guerra todos ellos tuvieron que salir exiliados a diferentes países, como el Perú, la Argentina y Chile.

34 A. Schelchikov y P. Stefanoni, 2016, p. 42.

35 A. Schelchikov y P. Stefanoni, 2016, p. 232.

La cuestión indígena

Desde inicios del siglo XX, y a raíz de la participación indígena en la Guerra Federal de 1899, la elite boliviana se obsesionó con el destino del indígena dentro de una nación liberal, primero, y más tarde desde la izquierda y el nacionalismo, por lo que un tema que se discutió en el marco del Congreso Obrero realizado en Oruro en 1927 fue el conocido «problema del indio», que continuaba siendo un tópico irresuelto de debate. Existían dos interpretaciones: la expresión clasista del campesinado, que decía que los indígenas eran esclavos del gamonal; y el problema del indio, entendido como una disputa por la posesión de la tierra. Fue particularmente interesante el hecho de que, por primera vez, asistieran al congreso delegados indígenas con sus propias demandas relacionadas a la tierra.

Ese mismo año, un suceso que conmocionó la opinión pública y develó los acercamientos entre la izquierda y los indígenas fue la famosa rebelión de Chayanta, en el norte de Potosí. La rebelión de Chayanta empezó el 25 de julio de 1927, cuando unos 300 comuneros ocuparon la finca de un hacendado llamado Florentino Serrudo y otras haciendas aledañas. La muerte de un hacendado apellidado Berdeja, propietario de la hacienda Guadalupe, causó horror en la opinión pública, puesto que se lo sacrificó y mutiló ritualmente a los pies de una montaña sagrada, llamada Cónдор Nasa, corriendo el rumor de actos de antropofagia.³⁶

Lo interesante de este caso es que los indígenas del norte de Potosí, liderados por su cacique apoderado, Manuel Michel, se relacionaron con los movimientos populares que, en ciudades como Sucre, estaban siendo protagonizados por artesanos e intelectuales del recién fundado Partido Socialista, liderado por Marof. Manuel Michel había participado en el Congreso Obrero realizado en Oruro y, además, era miembro del Partido Socialista.³⁷

A través de redes urbano-rurales, los rebeldes de Chayanta se habrían vinculado al ala más radical del movimiento obrero sureño, es decir, con organizadores urbanos, sastres y abogados de la ciudad de Sucre, con los cuales compartían el compromiso de redistribuir la riqueza y la propiedad, construir escuelas rurales y restablecer la tenencia comunal de la tierra bajo el control de los ayllus.³⁸

Lo cierto es que esta fue la primera sublevación indígena tildada por la prensa como «comunista», aunque esto no quiere decir necesariamente que estos

36 P. Mendieta, 2018, p. 87.

37 F. Hylton, 2003; P. Stefanoni, 2015, p. 93.

38 F. Hylton, 2003, p. 141.

respondieran ideológicamente al marxismo, ni que los líderes socialistas entendieran a cabalidad la lógica comunal y la dimensión étnica y ritual de su lucha, aunque sí identificaron y denunciaron que la lucha indígena era por la tierra. En la conferencia de Buenos Aires, el boliviano Mendoza manifestó la necesidad de la conquista de los indios a las ideas comunistas, aseverando que hay que hacer un trabajo especial entre los aymaras, puesto que son combativos y valientes, pero al mismo tiempo aclara que para lograr convencerlos hay que hacer un trabajo muy efectivo.³⁹

La calificación de los indios como comunistas obedeció más que nada a que el Gobierno temía que el creciente protagonismo de la izquierda se viera entrelazado con el tema de la guerra de razas, que fue tan discutido a principios del siglo XX.⁴⁰ De ser así, la supuesta barbarie que se les atribuía a los indígenas se entrelazaría con las luchas de la izquierda generando un doble temor en la élite. La sublevación terminó cuando el Gobierno envió tropas militares a la zona, donde fueron presos 150 implicados.

Por sus claras relaciones con la izquierda, el gobierno de Hernando Siles achacó a Tristán Marof el ser el principal líder de la rebelión. Días antes de los acontecimientos, el gobierno había arrestado a Marof, acusado de liderar un complot revolucionario comunista que involucraba a periodistas, oficiales, militares y activistas obreros en la capital. Fruto de ello fue encarcelado en el panóptico de La Paz y luego fue expulsado del país.

Por su parte, al ser preso, el líder de los indígenas aclaró que sus aliados izquierdistas no habían hecho otra cosa que ayudarlos en sus reclamos por las injusticias de las cuales eran víctimas.⁴¹ Para no estar al margen del debate, los anarquistas dijeron que la sublevación de indios no fue una obra de agitadores comunistas, sino un movimiento espontáneo de una raza esclavizada durante siglos por los señores feudales, aseverando que en Bolivia solo existía el comunismo incaico.⁴² Según Gotkowitz, la pretensión de los indígenas estaba claramente dirigida a abolir el pongueaje, detener el avance de las haciendas, recuperar tierras usurpadas

39 A. Schelchkov y P. Stefanoni, 2016, p. 186.

40 La guerra de razas fue un tópico que caracterizó las interpretaciones sobre el papel jugado por la participación indígena en la Guerra Federal de 1899. Durante este episodio, los indígenas actuaron como aliados de los liberales, pero después de un suceso ocurrido en la localidad de Mohoza, donde un escuadrón aliado fue masacrado, los liberales, empezaron a hablar de que se había suscitado una guerra de razas, lavando así su responsabilidad en los hechos. Todo este análisis fue apoyado por la ideología social darwinista, en boga por esos años.

41 P. Stefanoni, 2015, p. 104.

42 A. Schelchkov y P. Stefanoni, 2016, p. 166.

y ejercer control sobre sus territorios, al mismo tiempo que deseaban participar en la política y en la construcción de la nación.⁴³

La acusación a Tristán Marof y a otros líderes socialistas como partícipes ideológicos de la rebelión de Chayanta tiene como antecedente el esfuerzo que hizo este político por enlazar el marxismo con las luchas indígenas, al mismo tiempo que lo hacían también los peruanos José Carlos Mariátegui y Víctor Haya de la Torre.

Para Tarcus (2007), la recepción de las ideas de Marx no puede entenderse como una mera reproducción de la doctrina marxista europea pues, al expandirse por todo el planeta, un sistema teórico como el marxismo fue reapropiado, recreado y por lo tanto enriquecido y hasta vulgarizado por los intelectuales y los diversos movimientos sociales.⁴⁴

Sin duda, esto ocurrió en sociedades como la boliviana o la peruana, las cuales no correspondían a los modelos europeos predominantemente analizados por Marx, quien no trató con particular atención la realidad latinoamericana debido al contexto social y económico desde donde dio cuerpo a sus ideas. José Aricó (1980), quien se ocupa de las ideas de Marx, sostiene la tesis de un desencuentro a partir de las carencias teóricas de Marx sobre la realidad latinoamericana.⁴⁵ La existencia de un débil proletariado y de una fuerte población de origen rural fueron un desafío para pensar la realidad andina desde el marxismo y desde los marxistas latinoamericanos, quienes intentaron elaborar una teoría que se aplicase a las especificidades latinoamericanas.

Según el mismo autor, José Carlos Mariátegui, también conocido como ‘el amauta’, fue el marxista más creativo que tuvo América Latina, puesto que incorporó el tema de las razas al pensamiento marxista. En su estadía en Europa pudo conocer el movimiento intelectual literario y periodístico fuertemente marcado por las repercusiones de octubre, siguiendo de cerca la experiencia soviética. Fue un pionero al señalar la necesidad de una vía revolucionaria y socialista de solución de los problemas latinoamericanos, justificada científicamente por el análisis del particular desarrollo capitalista latinoamericano.

Después de retornar al Perú de Europa en 1923, Mariátegui se concentró en ligar el discurso marxista a la realidad indígena, proclamando que el socialismo no es específica ni particularmente europeo, puesto que se encuentra enraizado en la

43 L. Gotkowitz, 2011, p. 113.

44 P. Mendieta, 2018, p. 87.

45 I. Lorini, 1994, p. 35.

organización comunista primitiva incaica. Con esto, Mariátegui intentó evitar que el marxismo flotara en el aire como una ideología extraña, incapaz de incorporarse a la realidad americana.⁴⁶ Pretendió también que el marxismo no permaneciera como calca y copia del modelo soviético o como mero postulado, sino que cuajara como práctica real. Sus reflexiones estaban encaminadas a discutir el futuro del indio como un problema nacional, tratando de imaginar un puente entre los hombres de vanguardia y las masas indígenas ya que –según su análisis– estos eran poseedores del potencial socialista basado en el socialismo andino, enraizado en el colectivismo del ayllu, que era su hipótesis medular.⁴⁷ Todo esto coincide con amplios movimientos indígenas que lo enfrentaron a una sociedad campesina que anunciaba el despertar de la raza. En este contexto, Mariátegui proponía un socialismo andino basado en la alianza del proletariado con la masa indígena, como una solución a la cuestión agraria, lo que no implicaba el retorno a los antiguos mitos agrarios.

José Carlos Mariátegui mantuvo una relación de amistad con Tristán Marof, quien, a mediados de los años veinte, también se hallaba reflexionando sobre el rol de los indígenas en términos de la ideología marxista, aunque sin el impacto que tuvo el pensador peruano.

Enfrentado al liberalismo, coqueteando con el anarquismo, y luego con el republicanismo, en 1920 Marof participó del golpe de Estado, apoyando a Bautista Saavedra. Con anterioridad, a fines de la década del diez, antes de ponerse el seudónimo de Tristán Marof, Navarro ya le daba importancia al imperio inca, en una conferencia que ofreció en Santiago del Estero, titulada «El concepto de la civilización americana entre los quechuas y el comunismo entre los incas». Es ya entonces, antes que el propio Mariátegui, que Navarro establece la importancia del modelo comunal incaico que –según él– estuvo muy desarrollado entre los quechuas.⁴⁸

Luego viajó a Europa, donde se empapó de las ideas marxistas, conociendo a notables intelectuales de la época. Es en este contexto que inició sus reflexiones sobre Latinoamérica y Bolivia, con la expectativa de que las vías de regeneración social pudieran encontrarse en América. Fue también en Europa que logró sistematizar sus ideas sobre el comunismo incaico. En 1926 publicó *La Justicia del Inca* en homenaje a las antiguas civilizaciones prehispánicas, a las que cataloga de socialistas, pronosticando una guerra india por la liberación. Según Schelchkov (2009) en este libro, por primera vez, Marof cita a Marx, a Lenin, y habla de la Revolución

46 A. Cueva, 1987.

47 J. L. Renique, 2004, p. 108.

48 H. Topaso, 2016, p. 86.

Rusa, sosteniendo que «la revolución americana no debe esperar el florecimiento capitalista [...] el espíritu y la conveniencia deben precipitar la era socialista sin hacerse ilusiones de que un desarrollo del capitalismo sería antes necesario». Por esa misma época Marof también alertó sobre la peligrosidad del imperialismo yanqui.⁴⁹

Convencido de que Latinoamérica, por su propia naturaleza, estaba destinada al cambio socialista, Marof escribió: «El continente americano es el continente hecho para el socialismo y donde tiene que dar sus más óptimos frutos».⁵⁰ Sostenía que en Bolivia, más que en otros países vecinos, el socialismo era más viable, porque la mayoría de la población eran indios que conservaban en su memoria histórica la estructura orgánica de la comunidad, del ayllu y de las bases del comunismo incaico. En 1925, en una carta que Marof le escribió a Manuel Ugarte, que era un escritor y político argentino, le dice:

Para formar la patria grande, debemos convencernos de que solo el comunismo hará desaparecer los odios regionales. Los límites artificiales y caprichosos que cuatro generales ambiciosos dieron al continente. Idea que no es utópica y de mucho más fácil realización en una tierra sin odios ancestrales ni concurrencia económica. Quiero dejar constancia de esto; que la única América civilizada que yo admiro es la de los incas...⁵¹

Creía también que, al ser un país rico por sus recursos naturales, era capaz de garantizar el bienestar para toda la población. Añade que si Europa recorrió siglos para llegar al socialismo y al comunismo, Bolivia lo lograría por su naturaleza y por su pasado histórico: «Nuestro camino directo es ir hacia un comunismo netamente americano con modales y tendencias propias».⁵² En *La Justicia del Inca* defiende por primera vez la idea de que las tierras debían ser para el indio y las minas para el Estado, lo que luego se convertirá en una consigna de la izquierda y del nacionalismo. Unidos por las preocupaciones comunes y por la reflexión sobre el imperio inca, sostuvo una relación epistolar con Mariátegui, a quien conoció en Lima en uno de sus viajes. En una carta enviada en el año 1927, Marof escribe a Mariátegui analizando la situación boliviana en los siguientes términos:

En Bolivia hemos tenido bastantes éxitos en nuestra propaganda a pesar de que estamos en el comienzo. Las masas empiezan a darse cuenta de que han sido traicionadas miserablemente por la comedia democrática.⁵³

49 A. Schelchkov, 2009, p. 23

50 A. Schelchkov, 2009, p. 24

51 A. Schelchkov y P. Stefanoni, 2016, p. 134

52 A. Schelchkov, 2009, p. 7.

53 «Carta de Tristán Marof a José Carlos Mariátegui» en A. Schelchkov y P. Stefanoni, 2016, p. 154.

Mariátegui falleció en 1930, un año después de publicar su famoso libro *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, a raíz de una penosa y larga enfermedad, perdiendo el Perú y Latinoamérica al más esclarecido intelectual marxista, aunque, al parecer, sus ideas no fueron bien recibidas por la ortodoxia de la IC. Por su parte, Marof tuvo que salir del país a raíz de las acusaciones sobre su participación en la rebelión de Chayanta, iniciando a partir de entonces una vida política agitada y azarosa.

Ahora bien, el tema indígena también se discutió en los ámbitos de la III Internacional. En los congresos realizados en Montevideo y Buenos Aires el año 1929 los delegados trataron el problema de las razas que habitaban Latinoamérica. Hubo varios voceros y posiciones heterogéneas y ambiguas ante un tema de tan difícil resolución. En los debates de ambos congresos se planteó que, con la revolución, se borrarían las fronteras y se crearía una federación de repúblicas obreras y campesinas, incluyendo la posibilidad de una república aymara y otra quechua, con la misma autonomía de las repúblicas soviéticas, sin distinguir el problema racial del nacional.⁵⁴ Estas ideas no estaban en el pensamiento de Mariátegui ni en el de Marof. El primero creía que el Perú debía integrar al indio como la base de la nacionalidad, rechazando la rigidez de la ortodoxia soviética, y el segundo señalaba que los problemas de los indígenas solo se podrían resolver cuando estos regresaran a la tierra y tuviesen libertad económica, recuperando la idea del comunismo incaico, aunque dentro del contexto de la nación boliviana.⁵⁵

La idea de la creación de estas repúblicas fue parte de elucubraciones derivadas de las discusiones de los congresos, pero sin ningún asidero en la realidad latinoamericana, que era más imbricada que las visiones simplificadoras de los delegados comunistas, ello a pesar de las intervenciones de bolivianos, peruanos y mexicanos que intentaron explicar la realidad de sus países. Luego de 1930, con la consolidación de Stalin y el tercer periodo, el debate se detuvo. Con esto se dejó de discutir la problemática del indio dentro de la realidad latinoamericana y se implementó una política de recetas creadas en la Unión Soviética, que los distintos partidos comunistas debían implementar en sus respectivos países, pero esto no implicó que existiera una discusión interna sobre el rol que le tocaría jugar a los indígenas dentro de una futura sociedad socialista. En el caso boliviano, el debate se redujo al problema educativo y a la devolución de tierras a los comunarios de los ayllus en plena época de la expansión de la hacienda. Si bien las ideas de la III Internacional con respecto a los indígenas fueron puestas a consideración entre

54 F. Beigel, 2003, p. 829.

55 T. Marof, 1926, p. 28.

los comunistas bolivianos y extranjeros, e incluso entre algunos líderes indígenas, estas nunca pudieron plasmarse debido a la complejidad de una sociedad donde las nociones de raza, etnia, clase y nación eran sumamente complicadas.

Conclusiones

Como se dijo, el propósito del trabajo ha sido el de entender por qué, a diferencia de otros países latinoamericanos, en Bolivia no pudo consolidarse un partido comunista avalado por la III Internacional en la década del veinte y principios de los treinta del pasado siglo. Como se vio, la década del veinte fue sumamente importante en el nivel internacional ya que, por primera vez, la ideología marxista triunfó políticamente a través de la Revolución rusa de 1917, adquiriendo una dimensión mundial. Esta influencia se tradujo también en Bolivia, donde el marxismo y el anarquismo fueron ganando protagonismo entre los sectores de obreros e intelectuales, pero todavía de manera incipiente debido a las condiciones de un país con la mayoría rural y un escaso proletariado. Estas características hicieron que la ideología anarquista tuviera más arraigo entre las asociaciones obreras, mientras que los marxistas tuvieron mayor eco entre los intelectuales y en los pocos sindicatos de obreros que existían en ese periodo, por lo que el primer factor que impidió la consolidación del comunismo fue precisamente la fortaleza del anarquismo, al cual los líderes comunistas intentaron contrarrestar sin mucho éxito. A partir de 1928, cuando el anarquismo estaba ya consolidado, la III Internacional Comunista empezó a poner atención en la afirmación y organización de los partidos comunistas en Latinoamérica. En Bolivia, este proceso no tuvo éxito debido a las características ya expresadas, a lo que se sumó el conflicto que, a inicios de los años treinta, se desató entre los intelectuales y la Komintern que, según los dictámenes del tercer periodo, pretendía que estos debían sujetarse a los obreros y no al revés, desestimando las alianzas con otras fuerzas progresistas por considerarlas social-fascistas y desviacionistas. Sucede que en Bolivia los principales marxistas eran universitarios e intelectuales, como Tristán Marof, José Antonio Arze y Roberto Hinojosa, entre otros. Como resultado de ello, su influencia no fue tan notoria en los ámbitos obreros, a pesar de tener como aliados a importantes líderes obreros, como Carlos Mendoza Mamani y Waldo Álvarez. Además, a los intelectuales bolivianos se les ocurrió pensar por sí mismos e idear la formación de la CROP, que no fue del agrado de la III Internacional, por estar relacionada –según ellos– con el APRA peruano y por ser resultado de las desviaciones ideológicas de sus promotores. De esta forma, quienes quisieren formar un partido comunista debían sujetarse a las recetas de la Komintern. El tercer factor que impidió la consolidación de un partido comunista fue el tema indígena. A pesar de ser un tema discutido con cierta libertad

en las reuniones de Montevideo y Buenos Aires, las recomendaciones se adecuaron a los mandatos de Moscú, siendo las sugerencias una especie de réplica de lo ocurrido en la Unión Soviética, sugiriendo la independencia de las naciones indígenas, sin tomar en cuenta sus especificidades culturales y étnicas y la realidad de los países andinos que, si bien no eran Estados nación consolidados, tenían una realidad profundamente imbricada y un débil, aunque importante, sentimiento nacional que no fue tomado en cuenta por los delegados de la III Internacional, por lo que en el caso de Bolivia, aunque hubo intentos de conformar un partido comunista, estos esfuerzos fueron infructuosos ya que no contaron con el apoyo de Moscú. En realidad, las relaciones entre la Komintern y los líderes de los partidos marxistas no reconocidos no fueron las ideales, existiendo una tensión entre los dictámenes de Moscú y la práctica política.

Bibliografía

Álvarez, Waldo, *Memorias del primer ministro obrero*, La Paz, Editorial Renovación, 1986.

Almond, Gabriel, *Las seducciones del comunismo*, Buenos Aires, Editorial Sopena, 1969.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

Beigel, Fernanda, *El itinerario y la brújula*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003.

Céspedes, Augusto, *El dictador suicida*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1956.

Comité Central del Partido Comunista Boliviano, *Marxismo Militante Nro. 10. Revista del Comité Central del Partido Comunista Boliviano*, La Paz, PCB, 1990.

Cueva, Agustín, «El marxismo latinoamericano: historia y problemas actuales», en *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana. Fundamentos conceptuales*, Bogotá, Siglo del Hombre/CLACSO 2, 1987.

Delgado, Trifonio, *100 años de lucha obrera en Bolivia*, La Paz, Ediciones Isla, 1984.

Gotkowitz, Laura, *La revolución antes de la revolución. Luchas indígenas por tierra y justicia en Bolivia, 1880-1952*, La Paz, Plural/PIEB, 2011.

Hylton, Forrest, «Tierra en común. Caciques, artesanos e intelectuales radicales y la rebelión de Chayanta», en *Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de insurgencia indígena*, La Paz, Muela del Diablo, 2003, pp. 134-198.

Klein, Herbert, *Orígenes de la Revolución Nacional Boliviana. La crisis de la generación del Chaco*, La Paz, Editorial Juventud, 1968.

Lora, Guillermo, *Historia del movimiento obrero boliviano (1900-1933), tomo II*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1980.

Lorini, Irma, *El movimiento socialista “embrionario” en Bolivia, 1920-1939. Entre nuevas ideas y residuos de la sociedad tradicional*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1994.

Marof, Tristán, *La justicia del Inca*, Bruselas, Librería Falk Fils, 1926.

Mendieta, Pilar, «Itinerarios político-intelectuales del marxismo en Bolivia 1880-1932», en *Amanecer en rojo, marxismo, socialismo y comunismo en Bolivia*, P. Mendieta y E. Bridikhina (exps.), La Paz, CIS, 2018.

Margarucci, Ivanna, «Anarquismo en Bolivia», en *Anarquismos en confluencia*, I. Margarucci y E. Godoy Sepúlveda, Santiago, Editorial Eleuterio, 2018.

Renique, José Luis, *La batalla por Puno. Conflicto agrario y nación en los Andes peruanos, 1866-1995*, Lima, IEP, 2004.

Rodríguez, Huáscar, *La Choledad Antiestatal. El anarcosindicalismo en el movimiento obrero boliviano (1912-1965)*, La Paz, Muela del Diablo, 2012.

Rodríguez Ostría, Gustavo, *Capitalismo, modernización y resistencia popular, 1825-1952*, La Paz, CIS, 2016.

---, *El Socavón y el Sindicato. Ensayos históricos sobre los trabajadores mineros, siglos XIX-XX*, La Paz, ILDIS, 1991.

Schelchkov, Andrey, «Roberto Hinojosa: la historia de un hombre y de un país», en *Anuario 2001*, Sucre, Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, 2001.

---, «En los umbrales del socialismo boliviano: Tristán Marof y la Tercera Internacional», en *Revista Izquierdas 3, N.º 5*, Santiago de Chile, Universidad Santiago de Chile, 2009, pp. 1-24.

---, «La Internacional Comunista y Tristán Marof sobre el problema de relaciones entre la intelectualidad latinoamericana y los comunistas», en *Anuario 1998*, Sucre,

Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, 1998. pp. 70-95

Schelchkov, Andrey; Stefanoni, Pablo (coords.), *Historia de las Izquierdas Bolivianas. Archivo y documentos (1920-1940)*, La Paz, CIS, 2016.

Stefanoni, Pablo, *Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)*, La Paz, Plural, 2015.

Tarcus, Horacio, *Marx en la Argentina: sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2007.

Topaso, Hernán, «Itinerario ideológico y praxis política. Vaivenes de un intelectual latinoamericano», en *Historia de las Izquierdas Bolivianas. Archivo y documentos (1920-1940)*, P. Stefanoni y A. Schelchkov (coords.), La Paz, CIS, 2016.